

## Gotas nada más

**R**EPLICA a la consulta formulada por la señorita Mariví G., Moratalaz-Este, Madrid.

Mi querida amiga: comprendo su disgusto, incluso la tragedia que en mala hora se coló de rondón en su vida, y sólo le suplico que aplace por unos días la horrible determinación que me anuncia en su carta, tan llena, por otra parte, de felices análisis, de romances de ternura, de gestos de amor para quien la desprecia; en segundo lugar, quisiera, aunque bien conozco cuánto esfuerzo significa acceder a lo que voy a pedirle, que leyera hasta el final esta carta. Sí, querida Mariví, conozco perfectamente lo que supone que le abandonen a uno, cuánto cuesta remontar los empinados obstáculos que levantan ante la vida propia la ingratitud y el desamor ajenos. Yo mismo me he encontrado no pocas veces en parecidas circunstancias, y aunque, ciertamente, la fe cristiana, salvadora, me ha ayudado a salir siempre del trance, es lo cierto que la férrea decisión de huir hacia

adelante, de no dejarse hundir, es la condición primera para hallar alivio a nuestros males. Lo que me cuenta, no obstante, es terrible. Me dice usted que, a poco de conocerse los dos en determinado lugar de Madrid, hubo de invertir usted su fortuna, sus ahorros, y que poco después, llevada de un amor tan ciego como inmerecido, llegó a realizar horas extraordinarias en su empresa para poder mantenerle a él con decoro. Se me alcanza también que su comportamiento no podría encajarse, en rigor, dentro del canon estricto de la moral tradicional; pero no es menos cierto que su misma torpeza, su incierta reflexión, es práctica habitual de tantos hombres y mujeres que, llevados de una pasión incontrolable por el espejuelo de la libertad, se han decidido a trabajar y hasta a vivir para otro, a consentirle y verle sus gracias, a aceptar el parasitismo como algo natural en sus vidas. Y, sin embargo, todo hubiera funcionado bien, usted misma lo reconoce, si la relación entre ustedes no hubiera engendrado gastos salvajes y progresivamente crecientes, si él hubiera gozado al menos de buena salud, si sus exigencias se hubieran detenido en un nivel razonable; y si, finalmente, en justa compensación, le hubiera otorgado a usted sus favores, si no con amor, con la gratitud y la liberalidad, cuando poco, que suelen ser prendas naturales de los espíritus bien nacidos. Pero me escribe usted, querida Mariví, que a sus constantes atenciones, a sus mimos diarios, él respondía con negativas repentinas, con frialdades inexplicables, con reiteradas y cada vez más costosas peticiones, como si hubiera intuido de algún modo que, a partir del instante en que tuvo usted la desdicha de conocerlo, gozaba de patente de corso, quizá extendida por el desdichadamente difuminado Nacho Camuñas, para saquear su corazón y su bolsillo con aborrecible alarde de impudor chulesco. Con todo y ser despreciable la constante saca que efectuaba él en su modesto sueldo de talarbartera, todo lo hubiera soportado usted, lo sé,

si al menos, como queda dicho, su amor hubiera disfrutado de buena, cuando no excelente, salud. Pero empezó a enfermar, y cuando a estos individuos, tan degradados por la vida que arrastran, comienza a estropeárseles algo, una viscera, ya no paran, y hoy es esto, mañana aquello y, en suma, jamás se sabe si, en la madrugada húmeda y fría, no nos van a abandonar a la salida del "bingo" o del bailongo, víctimas de un soponcio tan imprevisible como costoso. ¡Si al menos él disfrutara de la maravillosa atención médica que dispensa nuestra Seguridad Social! Pero me dice usted en su carta que no es este el caso, y cada vez parece, además del

consiguiente susto, representa para usted un motivo de inquietud económica. Pues bien: mi sano consejo es que lo abandone, ya que lo de ustedes se trata, evidentemente, de una relación masoquista y sin futuro; que él se busque a otra, o que se resigne a la soledad, a la muerte lenta, a la pausada agonía de los días y de las noches sin la compañía de persona alguna a quien ha-

cer objeto de sus numerosas estafas, pues de esta forma, y sólo así, cabe calificar el comportamiento de quien le quita a usted el ánimo y la alegría de vivir. Soy plenamente consciente de que incurro en el primer pecado que debe eludirse en todo consultorio sentimental, al confesarle que yo también me he sentido víctima, hasta fecha reciente, de una situación semejante. Y no necesito apelar a la ética para recomendarle fervientemente que llame al taller y le diga al mecánico que no efectúe el arreglo del carburador y que se olvide del cambio de batería. Si acto seguido acude usted a la gasolinera donde habitualmente le surte a él de carburante y se despide de la manguera para siempre, la felicidad puede volver a su vida y la angustia será un mal recuerdo que su nueva situación de separada le hará olvidar de inmediato; en el caso de que desee alcanzar el llamado orgasmo místico, que es cosa sutil y maravillosa, le sugiero que llame a mis amigos chatarreros de San Martín de la Vega y les ofrezca, a cualquier precio, su automóvil. Porque esa tiranía, Mariví, hay que desterrarla de nuestra vida, y aunque sé que no es usted persona de inquietudes políticas, no renuncio a decirle que, detrás del acto que le sugiero, está el primer paso violento de la revolución. Después está, quién lo sabe, ay, el socialismo, o la nada. Y mientras llega cualquiera de esas dos cosas, o alguna otra que se inventen apropiadamente Jimmy Carter y el capital internacional, solicito su permiso para ir a recogerla a la salida del "bingo": le saldrá más barato con mi tándem, mucho más; robustecémos el miocardio pedaleando al unísono por las cuestas de Moratalaz, y dejaré de chulearnos este pestilente Estado, este corsé insostenible y voraz, tan viejo y tan pendejo, que alumbró en mal día, solamente para beneficio de unos pocos, el artefacto canalla que le aconsejo vender. Ya está bien, Mariví, se lo digo de verdad. Se lo dice el viejo Aristides, que ya ha vendido el suyo. ■

## A UNA CIUDADANA MALTRATADA POR LA VIDA

(De la serie "El consultorio inercial de Aristides Schievo")

ANTON AMARGO

## Testimonios del somocismo

**L**A caída de la tiranía somocista ha sido, junto con la de los otros nulos, sangrientos y fecales dictadores —Reza Pahlevi, Idi Amin, Bokassa, Macías y Pol-Pot— un suceso que ha venido a dar alegría al tenebroso panorama en que se encuentra la Tierra. Pocos son los estudios, a excepción del caso de Guinea, tan cercano a nosotros, que sobre esas dictaduras y su proceso de desintegración han llegado a las librerías españolas, a pesar de que, como en lo que respecta a Irán, la bibliografía sobre el tema producida fuera de nuestras fronteras es bastante numerosa.

La defenestración de Somoza por el Frente Sandinista causó un gran impacto en España, pueblo del que se dice fue quien mayor ayuda moral y económica prestó a los que luchaban por acabar con el "sátrapa" —parece que también hubo sus negocios de armamento con la dictadura—. Ahora comienzan a llegar, vía América Latina, una serie de libros sobre ese período histórico.

Uno de ellos es precisamente un viejo escrito de Pedro Joaquín Chamorro, cuyo asesinato desencadenó la fase final del proceso y el alineamiento de casi toda la burguesía nicaragüense al lado de las guerrillas sandinistas. Se trata de un relato en que Chamorro, prominente miembro del Partido Conservador, dueño y director de "La Prensa", cuenta

Guerrilleros sandinistas celebran la caída de Somoza.





sus experiencias como preso del régimen a raíz del asesinato del jefe de la dinastía somocista. Resulta interesante conocer que su compañero de celda en aquella ocasión fue nada menos que Urcuyo, el mismo que se creyó que Somoza le había traspasado el poder y quiso continuar el régimen cuando Tachito ya se encontraba en USA. No menos interesante y revelador es que Chamorro, en todo el apretado alegato contra la estirpe sangrienta de los Somoza (1), no hace práctica-

(1) Pedro Joaquín Chamorro: *Estirpe sangrienta; los Somoza*. Ed. Diógenes. México, 1979, 263 págs.

mente ninguna alusión a la situación social reinante en Nicaragua.

El último marino (2) relata, por cierto con bastante incapacidad literaria, las últimas jornadas vividas en Managua antes de la caída del régimen. El autor tampoco es un "rojo", sino un periodista que ocupaba un puesto congresista, pero que, como otros muchos, hacía tiempo que se encontraba más o menos contrario a la dictadura. A través de su relato —en el que faltan igual-

(2) Roger Méndez Alfaro. *El último marino. La caída de Somoza*. Ed. Unión Managua, 1979, 314 págs.

mente críticas a la situación social— se aprecia lo que, al menos en Managua, fue una auténtica insurrección popular un tanto improvisada contra el poder político-militar de Somoza. Cuenta, con detalles estremecedores, el inútil asesinato del corresponsal norteamericano, hecho que tanto predispuso en contra de Tachito a la opinión pública norteamericana. Por su parte, *Guardianes de la dinastía* (3) es un detallado estudio llevado a cabo precisa-

(3) Richard Millet: *Guardianes de la dinastía*. Ed. Universitaria Centroamericana. San José de Costa Rica, 1979, 344 págs.

mente por un profesor universitario norteamericano, escrito inicialmente en inglés y recientemente traducido al castellano, en el que pormenoriza el origen y todo lo relativo a la Guardia Nacional, la columna vertebral del régimen que definitivamente partió el Frente Sandinista. ■  
JUAN MAESTRE ALFONSO.

## ARTE

### Vieira da Silva: retrospectiva de su obra

EL desarrollo del arte contemporáneo ha creado algunos equívocos que sólo ahora, perdidas las esperanzas de una divina providencia vanguardista, empiezan a despejarse. El principal era creer que se partía de cero, rompiendo una tradición. Esto era lo que se pretendía, pero el bagaje cultural y cierto código que funcionaba incluso a nivel inconsciente terminaban por reconducirnos a viejos caminos que volvían a ser nuevos u ofrecer planteamientos inéditos de unas mismas cuestiones. Y probablemente esto era lo mejor que podía ocurrir, siempre que el lenguaje fuese propio: compartido y a la vez exclusivo.

Estas palabras sirven de preámbulo para referirme a la gran pintora portuguesa Vieira da Silva, de la cual tenemos ocasión de contemplar en la galería Joan Prats, de Barcelona, una exposición con obras realizadas entre 1938 y 1979. Todas las personas interesadas por el arte conocen, sin duda, su importancia y el papel que ha desempeñado en París desde 1928, año en que fijó allí su residencia. A pesar de que podemos establecer relaciones con otros artistas y situarla dentro de una fase determinada del arte contemporáneo, su pintura tiene unas características que la destacan y singularizan. En ella se encuentran varias líneas, aparentemente contrarias, en varios sentidos además: la construcción geométrica y un lirismo que vela e interioriza esas estructuras, junto a la huella de viejas técnicas, de viejas culturas —mosaico, tapiz— y decoraciones tan antiguas como el damero o ajedrezado, en temas que son verdaderamente nuevos y que, sin pretenderlo posible-

## ADIÓS A LAS LETRAS

### La semana trágica

**C**ADA semana que pasa es la semana trágica de España. Con aquel sentido histórico de la tragedia que tenía Miguel de Unamuno, no cabe duda alguna de que el filósofo vasco hubiera tenido amplio campo para la creación en un país como este que estrenamos todos los días y que habitan la literatura, la contaminación y el desatino. Este que padecemos no es el pecado consensual; es, ni más ni menos, el pecado de la concupiscencia y la promiscuidad.

Algún humor hubiera visto Unamuno en medio de tal tragedia. Unamuno no era tan estirado como quiso hacernos parecer; un papiropléxico escondido tras de sí a un dibujante político, a un humorista del Congreso de Diputados. Aunque Unamuno hubiera preferido ser dibujante de caricaturas en el edificio del Senado, que al fin y al cabo está en la plaza de la Marina Española, la que luchó sin ventura por no desilusionar a los del 98.

Ahora estoy leyendo las *Memorias de Azaña*, que es algo que hace mucha gente en este país en estos días. Azaña decía en 1931 —ó 1932, quizá; no se me pongan precisos mis lectores gallegos o de Alcalá de Henares— que al cabo de treinta años estaría muerto y que nada le importaría entonces lo que dijera la Historia. La modestia histórica de Azaña ha tenido sus recompensas, porque si ahora estuviera presente en los juicios que sobre él elaboran los históricos humanos regresaría a la tumba como quien busca en ella el refugio más caliente. Sin ir más lejos que a Toledo, observé hace unos días cómo el cardenal primado, Marcelo González Martín, citaba a Azaña desde el púlpito y le hacía decir lo que más le convenía al sacerdote. Sin Azaña para precisarle, todo el monte le resultaba orégano al ilustre cura. Le citan también Francisco Fernández Ordóñez, que de la Hacienda ha pasado a ser espectador de Pedro Ruiz y de Adolfo Suárez, y el periódico "El País", que reproduce de él una frase que sigue siendo crónica matritense: di una tontería en Madrid y ganarás la gloria. O así poco más o menos.

Rafael Abella ha escrito un libro sobre el tiempo que hubo entre la Semana Trágica y el 20-N. La era de la cibernética ha servido para que nos comuniquemos por fechas las más ilustres, o nefandas, acontecimientos. La Semana Trágica pu-



Rafael Abella.

do haberse llamado la S-T si hubiera nacido ahora, pero entonces todavía tenía predicamento el verbalismo, la denominación, y la semana o tenía adjetivo o no existía. La semana trágica de Televisión Española, la que acaba de sufrir el embate caliente de las auditorías del ex Ordóñez, se hubiera llamado Trigo Sucio, si no fuera porque se puede dar por aludido el conjunto Trigo Limpio, que va a Eurovisión como a lavarle la cara al medio español.

En cualquier caso, tengo un libro en las manos, y éste es el de Rafael Abella, que le ha dado al ejercicio de la Historia, en España, la aguerrida visión del que sabe dominar la pluma del escritor para beneficio placentero del erudito. Uno ve con él el paisaje de la Historia como si fuera en un tren que marcha lento pero seguro. Se desplaza uno por la Semana Trágica como si estuviera leyendo ese Quijote que escribe, sin pudor, con convencimiento, la España que nos tocó tocar. ■  
SILVESTRE CODAC.